

LASCIATE OGNI SPERANZA

A Antonio Zozaya.

Si paramos mientes en las amplias, numerosas y trascendentes reformas que en la sociedad, humana se imponen y es preciso implantar para lograr mejorar la condición del hombre sobre la tierra, echaremos de ver lo poco que en tal sentido hacen los países todos en general y algunos en particular.

Por que todo lo que el hombre se desvelara, como debiera, por procurar el perfeccionamiento de la especie, todo lo que se esfuerza por marchar en evolución progresiva hacia su mejoramiento asequible, todo constituyera no más que lo que se puede sintetizar con la palabra educación.

Así, pues, educación no es otra cosa que el conjunto de los medios y esfuerzos todos que pongamos y efectuemos encaminados a perfeccionar la vida del hombre bajo su triple aspecto físico, intelectual y ético o moral.

Hay que llevar a más dilatados horizontes nuestros esfuerzos por regenerarnos que los limitados que se prodigan en los albores de la vida de los hombres; aunque desde luego que la «edad heroica», la infancia, es la ocasión más propicia para poder educar al que ha de ser hombre, cuando éste ha nacido sin defectos congénitos, y esperar que cumpla a la perfección los fines para que fué creado cuando llegue a la virilidad. Pero es imprescindible que mucho antes de nacer de comienzo la preparación para la educación en la vida de éste; por que a nadie se ocultará que el hombre, —«homo sapiens» zoológicamente considerado— está sugeto, como individuo de una especie, igual que los demás seres orgánicos biológicos, a las leyes de la herencia y de la evolución. Y más que ninguno si tenemos en cuenta que la complejidad de su vida hace esté más expuesto que los demás a los daños de males y calamidades, que la mayor parte de las veces él mismo se acarrea, sin que basten para evitarlos en absoluto los medios y descubrimientos que le sugiere su privilegiada inteligencia de «rey de la creación».

Entre todos los medios eficaces que contribuyen a la perfección del hombre, claro que ocupan lugar preeminente los relativos a la generación y la educación. Y al llegar aquí resalta la idoneidad, el contraste mayor que es capaz de presentar la humanidad, al no existir como base, la más principal, de nuestra organización social, la «eugenesia», o perfecta generación, por la cual solo nacieron individuos sanos física y moralmente, aptos, por lo tanto, para en ellos fructificar con exuberancias los principios de la educación ética e intelectual que en su primera edad se sembraron. Cuando tan palpablemente vemos que el hombre se afana por seleccionar los animales útiles y los vegetales cultivados para obtener especies puras, y, por el perfecto cuidado y el cultivo, más perfeccionadas, en virtud de la innegable existencia de la ley más amplia que existe en el Universo, como lo es la evolución; experimentaremos un verdadero desconcierto cuando vemos que él no procura seleccionarse, perfeccionándose en lugar de degenerarse por el matrimonio, para lo cual debiera legislar de forma que solo pudieran casarse los individuos solo física, intelectual y moralmente, y capaces, por ende, de engendrar seres normales en cuyos cerebros prendiese la educación como las semillas en tierras africanas.

De aquí que nazca el defecto ese tan grande que decíamos, y ante el cual se estrellarán los esfuerzos todos que realizáramos para perfeccionarnos; por que no impidiendo el matrimonio entre individuos anormales, no se podrá evitar el nacimiento de otros que lo serán más, siendo en éstas todo esfuerzo de educación más baldío cada vez. Y así se explica que continúe «in crescendo» la evolución regresiva de la especie.

Hemos dicho que la Humanidad más bien que perfeccionarse, parece que se degenera. Triste y atrevida aseveración; pero lo creemos cierto. Por que basta echar una mirada sobre algunos civilizaciones de pueblos antiguos, para que veamos que en algunas cosas, y de las más primordiales aunque sencillas, de la vida se encontraban a mayor altura en aquellos tiempos que la sociedad actual en nuestros días. Basta mirar la cultura y la organización social del antiguo pueblo griego para que nos admiráremos de la perfecta manera cómo cumplían la íntegra educación del individuo, física, moral e intelectual, que de forma tan prístina preconizaron en el aforismo de Juvenal «Mens sana in corpore sano». Es suficiente ver las esculturas, las pinturas y de

más manifestaciones del arte por las cuales perdura la representación del cuerpo de aquellos hombres, para que nos admiráremos de aquella complexión robusta y atlética con la cual también hermanaba la moral y la inteligencia. Entonces era raro encontrar individuos enclenques por la herencia; por que existía la más perfecta armonía en las tres órdenes en que precisa desarrollarse las aptitudes y las energías humanas, que tan relacionados se hallan, tanto que sin el uno no hay los otros. Porque en los tiempos antiguos, los primitivos en que hasta la estatura era muy superior a la actual, y las enfermedades menos numerosas, hasta la época de la Grecia de Péricles en que vemos el admirable consorcio que existía en las manifestaciones todas de la Higiene y la cultura, es innegable que estaban a mayor altura en muchas cosas, y en otras relativamente, que nosotros ahora en que después de tanto tiempo pasado no presentamos las más de las veces otro espectáculo notable que la aberración que solemos hacer de la ciencia empleándola, en ocasiones, en la destrucción de nuestros semejantes y sus buenas obras: lo bastante para que carezcan de mérito los secretos que el hombre arranca a la Naturaleza y para que disputemos como ficción la que creemos nuestra pomposa y ponderada civilización.

Es una utopía pretender avanzar en el camino de la regeneración de la sociedad no atendiendo con urgencia a problemas de trascendencia tal que constituyen condición «sine qua non» de lograr aquella. Para mejorar la condición humana precisa «a priori» la existencia de la «eugenesia» verdadera, regulando el matrimonio, que no debiera permitirse contraerlo más que a los individuos sanos bajo los tres aspectos, como antes bosquejamos. Y así iríamos renovando la sociedad, que al poco tiempo sería verdaderamente nueva y apta para que en ella de la educación no se desaprovechase nada. Y luego, en la educación del individuo, desde el comienzo de su vida, atenderla sin descuidar el cultivo de ninguno de sus aspectos, que como sabemos se hallan ligados y dependientes entre sí. Por que denada sirve atender solo a uno de los cultivos de la materia, del espíritu o del cerebro, no siendo los tres con simultaneidad, y esto nos lo comprueba la historia con numerosos ejemplos. Nerón, emperador refinado y robusto, asesinó a su madre y a su esposa y mandó quemar a Roma, Alcibiades, fuerte guerrero, ocasionó desastres para Grecia en la guerra de Sicilia, destruyó las estatuas de Hermes y hasta combatió contra el pueblo en que nació. Cleopatra, reina de Egipto, verdadero dechado de hermosura, fué altamente inmoral.

Así vemos que de nada sirve el poder, la fuerza y la hermosura, cuando no van unidos a la perfecta moralidad y a la cultivada inteligencia.

En cambio Job, leproso, enseñó a los hombres la paciencia y la resignación. Milton ciego, dió a su mujer las admirables estrofas de «El Paraíso Perdido», unos de los monumentos más grandes de la Literatura Universal. Cervantes, manco, trocó «El Quijote». Beethoven, sordo, compuso las más maravillosas concepciones en el pentagrama; y Bécquer consumido rimó sus versos de aire delicado el más puro romanticismo.

Igualmente de nada vale el saber y el talento, cuando los acompaña el dolor.

En la mayoría de los pueblos háse avanzado ya bastante en el camino ese de la regeneración humana, y en ellos se puede esperar ver intamadas medidas que lleven, a lo menos tardar, a la perfección del individuo de que hablábamos máxime ahora en que después de la convulsión más terrible por que pasaron los hombres en el transcurso de los tiempos, es indubitable que se han adquirido grandes desengaños y enseñanzas. Pero en países como España que continúa con su estatismo vergonzoso en las manifestaciones todas de la vida social, que no se esfuerza siquiera por que en la primera enseñanza reciban los que han de ser ciudadanos la perfección ética y cultural asequible al encontrarse la educación y la enseñanza en esta edad tan deficiente en estado tan deplorable, no se podrá llegar a la adquisición del bienestar por el saludable procedimiento de la educación. O para lograrlo será preciso apelar a otros medios que los de la razón y el convencimiento de todos los nacionales, si no queremos perder toda esperanza, con el poeta de regeneración nacional,

ANGEL DOTO R.